

EMILIO S. BELAVAL

Por VICENTE GEIGEL POLANCO

En tres direcciones fundamentales ha orientado Emilio S. Belaval sus capacidades de creación, de trabajo y de servicio: como juez, como escritor, como promotor de cultura.

A su función de juzgador, de intérprete de la ley, acaso la tarea más difícil que la sociedad puede encomendar a un ciudadano, se han referido en estos días, a propósito de su jubilación, el Secretario de Justicia, Hon. José C. Aponte, el Presidente del Colegio de Abogados, Lcdo. William Fred Santiago, el Presidente del Ateneo Puertorriqueño, Lcdo. Eladio Rodríguez Otero, y hoy, el compañero Francisco M. Susoni. Los elogios y los criterios en torno de su labor han sido acertados, merecidos y justicieros.

En mi humilde entender, sin embargo, queda todavía en este campo de actividades margen espacioso para una futura indagación de mayores proporciones, más pormenorizada, más escudriñadora, de más precisas perspectivas, de las fecundas incursiones del Juez Belaval por los dominios del derecho y de la justicia. Consciente de que la ley, como norma social, debe responder esencialmente a un imperativo de justicia, la suya, como magistrado, fue una posición de liberal intérprete del derecho escrito, poniendo sus mejores luces y su firme carácter de juzgador al servicio del ideal de justicia, más que a la letra rígida y fría del estatuto. En una opinión disidente de 27 de octubre de 1967, escribió el Juez Belaval: "La majestad de la justicia requiere bajar siempre hasta el fondo de las cuestiones litigiosas".

Algún día un estudioso de nuestra jurisprudencia llevará a cabo la noble empresa de calibrar en todos sus merecimientos esa gran contribución al estudio del derecho y la justicia. Reconozco que esa tarea clama por tiempo suficiente, búsqueda afanosa y sereno enjuiciamiento por ser la obra de uno de los valores positivos de nuestra judicatura.

La vocación literaria empezó a manifestarse con prometedoras señales en Emilio S. Belaval desde sus tempranos años de estudiante. Lector infatigable de clásicos y modernos, atento observador de la vida circundante, enamorado de la gracia de su islilla amada, con fina sensibilidad para el arte y la literatura, las dotes de expresión para aventuras en el mundo de las letras asomaron pronto en eclosión de líricos brotes. La visión de esa hora inicial es significativamente poética, es decir, prístina, elemental, de predominio de la luz, el color, el sonido, el geográfico contorno, de un fuerte impresionismo sensual. Alma entonces proyectada hacia lo externo, el adolescente capta la maravilla de las cosas, la rutilante belleza de la mujer, el flujo vital, la alegría saltando en chorros de cristal y borbotón de canciones. No hay problema que inquiete, ni dolor que lastime, ni recuerdo que aflija. Es hora de la vendimia pagana de frutos y flores, de músicas y sueños, de goces y aventuras. La vida es entonces amor de elemental simpleza, de ingenuo embeleso, de pura frivolidad, sin complicaciones, sin tragedias, llano sensualismo. La prosa en que Belaval a la sazón expresa sus sentires literarios es cantarina, alada, imaginativa, de riqueza melódica. La palabra es musical, novedosa, alegórica, colorista. Titula sus es-

critos Crónicas de Oro, Sangre y Sol. La vida canta en ellos su amanecer de gloria, de luces, de canciones, de ternuras, de esperanzas.

La aptitud literaria halla su primer cauce adecuado en el cuento. Ya se manifiesta allí el vuelo imaginativo, la capacidad creadora, las dotes inventivas, la habilidad para el diálogo, el fino humorismo ante el diario acontecer, el enfoque dramático: cualidades que con el decurso de los años han de adquirir más hondura, más agilidad de expresión, mayor interés en los sucesos de hombres y cosas, más despejada visión de la circunstancia puertorriqueña, más nítido entendimiento de los agudos problemas que agobian a nuestro pueblo, más encendidas luces de las rutas de lo por venir, hasta culminar en el arribo a los campos del ensayo y el teatro, que claman por madurez del intelecto, dominio de la emoción, certidumbre de la palabra, serenidad del juicio.

La evolución literaria de Emilio Belaval sigue esa línea fundamental, simbólica parábola que, partiendo del foco central de la realidad puertorriqueña, sin patriotería, sin regionalismos angostos, sin limitadoras preocupaciones, sin pesimismo invalidantes, sin optimismos ingenuos, con alma abierta al ser, a la verdad, a la belleza, a la potencialidad, recorre, en pausado trazo, el cuento, punto representativo de humanidad, imaginero y realista a la par; el ensayo, de fina penetración en la entraña del drama circundante y, finalmente, el teatro, en el que, bajo los signos de la poesía creadora, se muestran al pueblo - auditorio más complejo - la farsa de la realidad y la realidad de la farsa, que permean vida y sueño, dolor y esperanza.

En cuanto a la temática, a la sustancia de los cuentos, ensayos y obras dramáticas, la simbólica parábola, siempre partiendo del foco central de la realidad puertorriqueña, recorre, desde el punto de regocijada frivolidad de las Crónicas de Oro, Sangre y Sol de los años mozos - época de predominio del color, la música, la gracia, la belleza femenina, la pasioncilla sentimental, la burla juvenil - hasta zonas de más cavilosa reflexión, en que al relámpago de luz sigue la sombra densa, al embeleso del amor, el dolor que taja la carne y lastima el ánimo; a la aventura fácil, el trágico encontronazo con la vida; a la placidez de la Antilla de gente sana, hospitalaria, soñadora, de sol espléndido, luna romántica, tierra buena y cantarinos mares, el filoso reto de un destino inesperado en la encrucijada con la historia. El escritor, sensitivo al acontecer puertorriqueño, como todos los de su generación, advirtió en los cielos, en la tierra y en los hombres los signos agoreros de un riesgo para la esencia de nuestro ser, en su valía ontológica, en su potencialidad espiritual, en su capacidad de crecimiento, en su geográfico asidero. El choque de dos culturas de divergente fundamento, la suplantación del español por el inglés como idioma de la enseñanza escolar, los fieros agarres a la economía isleña, el cierre de fronteras al comercio y al intelecto, el desvalimiento de la ciudadanía en un mundo desacostumbrado de valores crematísticos, la prolongada y turbadora indecisión en cuanto al destino permanente de la nacionalidad, hirieron al puertorriqueño en su íntima sensibilidad y le envolvieron en una compleja red de ataduras, que no tardaron en manifestarse en toda una problemática de vida y de sino, tanto individual como colectiva.

El nuevo cuadro de trágicas realidades penetró en el entendimiento del autor de las finas Crónicas de Oro, Sangre y Sol, irradiando tonos sombríos, luces mortecinas, perfiles apagados, angustias que no se sospechaban, quiebra de valores morales, a la par que nuevos sueños, esperanzas soterradas en el hondón de la misma crisis del espíritu, voluntades alertas a más claros amaneceres, algo así como el aliento inconfundible de un pueblo que no se rinde, ni se resigna a morir, y que en la negra noche del dolor y la confusión que lo envuelve busca una estrella en los cielos y unos caminos salvadores en la tierra. La temática de Belaval se enriquece. Ahora sí advierte problemas que lo inquietan, dolores que lo lastiman, recuerdos que lo afligen. La realidad puertorriqueña que lo rodea y lo oprime con sus imperativos categóricos - ahora más humana, más auténtica, más dramática - ofrece a su inventiva de escritor una abundosa cantera de peripecias, de insólitas reacciones psicológicas en torno del desarraigo del hombre de su tierra natal, de la búsqueda de nuevos horizontes, de vacíos de alma, de forja de nuevos módulos de vida.

Después de sus primeras prosas, recogidas en El Libro Azul (1918) y Cuentos para Colegialas (1922), escribe de 1923 a 1929 los Cuentos de la Universidad, editados en 1935. En este libro el trazo es más seguro, la caracterización de tipos más precisa, el relato cobra indiscutible fuerza de expresión y la imagen de la universidad que intenta dar responde a su peculiar técnica del cuento. Claro es que su enfoque literario de la casa de estudios no podría ser el de Antonio S. Pedreira, excelente pro-

fesor y severo juzgador de las disciplinas universitarias, con su cerrada visión de los valores en juego y su realista libreta de apuntes de los logros, las fallas y la problemática de la institución. Belaval escribe los Cuentos desde su torre de poeta: capta la belleza tentadora de las chicas, el asedio de los varones "con sus ansias de beber un poco de vida, de mujer, de libertad". Abunda el detalle erótico - conmoción profunda del sexo - puesto que es gente moza, inquieta, soñadora, la que frecuenta las aulas y circula por corredores y campos. Allí asoma Bebé Pacheco, "profundamente sensual"; patronas extramuros, como doña Mariquita Samín, "celestina purísima", que sostenía un "casinillo de amor". Y también se recogen, burla burlando, los fantaseos de los estudiantes, el choque ideológico de las dos culturas, la influencia norteamericanizante, la caricatura de algunos profesores importados, la incapacidad de la Universidad de entonces para despertar y orientar vocaciones.

El proceso cuentístico de Belaval no le permitió dar la "fisonomía propia", la "ubicación concreta", el "ambiente netamente universitario", que hubiera querido Pedreira. Pero no era ése el propósito del autor. No escribió un ensayo de enjuiciadoras perspectivas, sino unos cuentos: vuelo de imaginaria, poético deambular por las almas sensitivas del estudiantado. En un libro posterior, "Cuentos de la Plaza Fuerte" (1963), Belaval explica su técnica: "de lo vulgar no vive el cuento, yo estoy en la obligación de adornarlo todo con flores de maravilla", p. 85. Y amplía luego el concepto, diciendo que "el resto del cuento pertenece ya a la glosa del milagro, por aquello que cuento no puede ser otra cosa que verdad inventada", p. 103.

Cuando alguien, frívolo e irresponsable, quiso hacer de todo nuestro pueblo un motivo turístico, como escribimos en otra ocasión, Belaval, que tiene jugosas reservas de humorismo para decir con altura y buen gusto las cosas más incisivas, escribió sus famosos Cuentos para Fomentar el Turismo: genial presentación de nuestro paisaje humano, con todos los claroscuros que ofrecen la indigencia, la desesperanza, la ignorancia, el hambre acuciando el ingenio, el trágico vegetar bajo un sistema de sórdida explotación, la cerrada lobreguez del hoy, la perspectiva incierta del mañana. Concha Meléndez, certera juzgadora de nuestras letras, ha comentado así los Cuentos para Fomentar el Turismo: "Los diez cuentos del libro son notables por su realización, lograda con arte maduro, sabio en recurso, del cuento de hoy... Cuentos para Fomentar el Turismo insinúa la ironía de un título significativo contrario a lo prometido en él y el autor así lo indica al aclarar sus temas en la conclusión de algunos cuentos. Todos han de perdurar en nuestra historia literaria por su valor artístico..." (Antología de Autores Puertorriqueños. Selección y estudio por Concha Meléndez, p. XXIX y XXXI.)

Se me ocurre que, después de escribir los Cuentos para Fomentar el Turismo, sin duda con amargor en el alma, no empece su penetrante humorismo, Belaval debió sentir la necesidad psicológica de un paréntesis de paz, de sosiego íntimo, de sereno pensar, de refrescante evocación de imágenes, sucesos y fantasías de otros tiempos de más romántica belleza. Así, por la vía del recuerdo histórico, recorrió las calles principales del viejo San Juan, no en plan de precisar el marchamo de progreso de esta época de renovación urbana y pintoresco turismo, sino

en una deleitosa recordación del San Juan antiguo y galante de los días en que aquí flotaba la bandera de la nación progenitora y la ciudad era plaza fuerte de la monarquía española, en perenne vigilancia para repeler incursiones de piratas e invasores. Las calles principales - Fortaleza, Sol, Cruz, San Sebastián, Luna y Tetuán - abrieron al poeta avizor que hay en Belaval el rico cofre de sus leyendas, de sus tradiciones, de sus encantamientos, y el poeta hilvanó con trozos de verdad y "flores de maravilla", los seis ingeniosos Cuentos de la Plaza Fuerte. Las calles, con sus singulares topografías, sus estructuras, sus encomiendas en el proceso colonizador, sus historiales y sus embrujos, son personajes positivos en el fondo de estos relatos. En torno de cada una de estas calles de la Plaza Fuerte el escritor reconstruye una leyenda, una tradición, un cuento, en que el dramatismo de la narración destaca tipos de la época de logrados perfiles, con toda su secuela costumbrista y regocijadas repercusiones en el mundo de la fantasía, el milagro y la superstición. Revelan estos cuentos dominio técnico, amplitud de recursos, diálogo ágil, estilo vigoroso y reflexiva expresión literaria. Belaval alcanza aquí indiscutible maestría en el cultivo del género.

La reflexión sobre la problemática puertorriqueña a la luz de personales observaciones y copiosas lecturas, mueve a Belaval, al igual que a los escritores de su misma generación literaria, a encarar nuestra realidad en su proceso histórico, en su concreción del presente y en sus proyecciones futuras. En la revista Índice algunos compañeros de su época formulamos la cuestión en una encuesta a modo de intento de definición y

orientación, que precisamos en las siguientes preguntas: "¿Qué somos? ¿Cómo somos? ¿Cree usted que nuestra personalidad como pueblo está completamente definida? ¿Existe una manera de ser inconfundible y genuinamente puertorriqueña? ¿Cuáles son los signos definitorios de nuestro carácter colectivo?" Hombres de la década del '30 y de décadas anteriores, atentos al panorama isleño, responden a la encuesta con interesantes pareceres, que insertamos en varias ediciones de Índice. Antonio S. Redreira da respuesta personal en su penetrante Insularismo: Tomás Blanco, en el Prontuario Histórico de Puerto Rico; otros, en artículos, conferencias y ensayos. Belaval dicta una enjundiosa y bien meditada conferencia ante la matrícula de la Fraternidad Afda en diciembre de 1934, luego publicada en la revista del Ateneo, con el preciso título de Los Problemas de la Cultura Puertorriqueña. Afirma allí que "el problema más urgente de la vida puertorriqueña del momento es trazar el esquema de una cultura nacional." Buscando las raíces, enjuicia el contenido histórico, en su triple aspecto del sedimento indígena, el contorno y dintorno de lo español y el nuevo cordón umbilical de la intervención norteamericana del '98. Luego examina el contenido social, el ideológico, "nuestro españolismo vital". Su conclusión de entonces merece todavía profunda meditación: "No nos debemos asustar de decir a esta hora, en que ya tenemos pujos de criollismo innato o de proyección estadual norteamericana, de que a pesar de todos los vaivenes de la historia, somos españoles hasta los huesos, y esta vez, nuestro españolismo tiene más espontaneidad, más vigor y más futuridad que en ningún momento anterior de nuestra historia." (Revista Ateneo Puerto-

rriqueño, Vol. I, Núm. 1, 1935, p. 206.) Agrega más adelante: "Uno de nuestros problemas de medición corriente parece ser este despego que sentimos nosotros por la realidad circundante, este salirnos de sitio, este nunca saber a dónde vamos ni qué queremos ser... Estamos asimismo inconexos con el problema norteamericano. Tan pronto le damos la vuelta a una esquina, nos olvidamos tan profundamente de lo norteamericano, que volvemos a ser un pueblo discursivo, colorista, sin sentido del tiempo ni del dinero, y damos al traste con la filosofía utilitarista de nuestro tío y nos vamos a murmurar a las esquinas y a comer los sazonados hojaldres de nuestro criollismo... La única forma de terminar con esto es de reconciliarnos ya decididamente con nuestros orígenes y mirar a nuestra historia en busca de homogeneidad." (Ateneo Puertorriqueño, p. 206-207.)

El maduro ensayista que revela ser Belaval al escribir este meduloso trabajo señala que la nuestra "debe ser antes que nada una cultura típica, profundamente regional, una cultura de la tierra y de la gente". Clama así por un "nacionalismo cultural donde podamos coincidir todos en una consistente visión de lo puertorriqueño". (Ateneo Puertorriqueño, p. 221 y 225.) Le preocupa la orientación de todas las manifestaciones de nuestra cultura: teatro, novela, cuento, poesía, ensayo, música, pintura, arquitectura, etc. Esa preocupación cuaja en magníficos ensayos que se recogen en su libro Areyto, en la Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, en conferencias y en otras publicaciones. Los escritos de nuestro compañero en el campo del ensayo, por el acopio de datos, la seriedad del enfoque, la profundidad del juicio y el sólido fundamento de su criterio,

constituyen, a mi humilde entender, una valiosa contribución a esta cimera tarea de fijar rutas a nuestra cultura.

La devoción de Belaval por el teatro clama por párrafo aparte. La ha hecho patente en tres direcciones principales: 1) sentando las bases de lo que podría ser un teatro puertorriqueño (Ver Areyto, 1948, p. 9 a 24; Cultura de la Esencialidad Humana: Dramaturgia, Ser y Realidad, en Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Año II, Núm. 2, 1959, p. 25 a 28); 2) cultivando el género con acierto y devota y persistente dedicación en un número de comedias, farsas y dramas que hacen honor a la bibliografía nacional puertorriqueña, 3) y además, como entusiasta y consecuente promotor del teatro, tanto por el estímulo a otros compañeros de letras, incitándoles a interesarse en el género, como dirigiendo actores, directores y escenógrafos, aleccionando principiantes y despertando vocaciones en el campo de la representación artística. Su fecunda labor en el Casino de Puerto Rico, en los días inolvidables en que lo presidía el Lcdo. Don José S. Alegría; en el Ateneo Puertorriqueño, cuando se montaron obras de Fernando Sierra Berdecía, Manuel Méndez Ballester, Martha Lomar y otros; en la Agrupación Dramática "Areyto" y en sus magníficas contribuciones a los festivales de teatro del Instituto de Cultura Puertorriqueña, ponen de manifiesto su auténtico interés en esta expresión de nuestra cultura.

Su producción teatral se inicia con la Romantica, escrita en colaboración con Amelia Agostini, a la cual siguen la Novela de una Vida Simple, Cuando las Flores de Pascua son Flores de Azahar, La Presa de los Vencedores, y luego "maduro ya y en

pleno florecer de su capacidad filosófica", como apuntara ese estudioso de nuestra evolución teatral que es Francisco Arriví, escribe sus obras dramáticas de mayor empeño, de más lograda realización poética y más fina interpretación de lo que debe ser la dramaturgia de nuestro tiempo: La Muerte, La Hacienda de los Cuatro Vientos, Cielo Caído, Circe o el Amor, La Vida, amén de un extenso repertorio de trabajos inéditos.

Su tarea de promotor de nuestra cultura se extiende a otras muy variadas actividades, la más significativa y fecunda, después de su gestión y colaboración en favor de un teatro nacional puertorriqueño, es la magnífica labor que viene realizando desde hace algunos años en la dirección de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico, con un ambicioso programa de fomento de estas altas disciplinas, publicación de libros, institución de premios en reconocimiento de excelencias y auspicio de un selecto Boletín de alta cultura.

La jubilación del Juez Belaval no significa en modo alguno el retiro a la paz y sosiego del hogar, sin más brega en estos campos de lucha y creación a que ha consagrado hasta ahora su vida. Belaval se encuentra en plena juventud de espíritu, en el cabal dominio de todas sus capacidades y con el ardoroso brío de seguir combatiendo por una mejor fundada justicia en las relaciones humanas, de ^{hacer más contribuciones} ~~seguir contribuyendo~~ ^{(al enriquecimiento del} patrimonio artístico y literario de nuestro pueblo, de continuar la promoción de todos los valores de cultura / ^y ~~en plen~~ de proseguir la defensa y servicio de la genuina puertorriqueñidad.